

REIMPERIALIZACIÓN EN EL ORDEN INTERNACIONAL CONTEMPORÁNEO. RUSIA Y SU RECONSTRUCCIÓN HISTÓRICA

Carlos Alberto Patiño Villa*

RESUMEN

El final de la Guerra Fría dejó la idea de que Washington quedaba a la cabeza del orden internacional y Rusia dejaba de ser un imperio para ser considerado un Estado-nación, situación que no ha sido aceptada por Moscú. En ese contexto se pretende indagar por el rumbo del orden internacional contemporáneo, creado en 1945 al final de la Segunda Guerra Mundial, y que ha experimentado la más aguda transformación con el proceso de la implosión soviética. Dicha indagación se trabajó con el análisis de fuentes secundarias tales como: investigaciones de expertos, información provista por medios de comunicación de relevancia global y uso de informaciones y datos provenientes de revistas y *think tanks* especializados. Como conclusiones se destacan: la clara intención de Rusia de evitar acercamientos de la OTAN en sus territorios de interés y la incertidumbre internacional en cuanto al accionar de Washington y su posición geoestratégica respecto a Rusia.

Palabras clave: Rusia, orden internacional, OTAN.

REIMPERIALIZATION IN THE CONTEMPORARY INTERNATIONAL ORDER. RUSSIA AND ITS HISTORICAL RECONSTRUCTION

ABSTRACT

The end of the Cold War left the idea that Washington had assumed the leadership of the international order and that Russia had been reduced from an empire to an ordinary nation-state, an assumption that Russia did not share. Given that context, the aim of this paper is to examine the current direction of the international order, established in 1945 at the end of the Second World War, and that has experienced its most severe transformation with the Soviet implosion. Such inquire was undertaken through the analysis of secondary sources such as expert research, information provided by globally relevant mass media and the use of information and data provided by specialized magazines and think tanks. The document concludes that Russia has a clear intention to avoid NATO incursion into its sphere of interest and that there is an international uncertainty regarding Washington's actions and its geostrategic position with respect to Russia.

Keywords: Russia, international order, NATO.

Fecha de recepción: 22/08/2017

Fecha de aprobación: 15/11/2017

* Doctor en Filosofía. Profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá, Colombia). Director del Instituto de Estudios Urbanos de la Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: capatinov@unal.edu.co.

INTRODUCCIÓN

El presente artículo es parte de un proyecto de investigación que tiene por objeto indagar sobre el rumbo del orden internacional contemporáneo, creado en 1945 al final de la Segunda Guerra Mundial, y que ha experimentado la más aguda transformación con el proceso de la implosión soviética. La investigación se concentra básicamente en identificar si la Federación Rusa, el Estado heredero de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), se comporta como un Estado-nación en el actual orden internacional, o si, por el contrario, ha estado modificando su orientación política y externa, en función de recuperar lo que percibe como su forma histórica legítima, más asociada al imperio, intentando reconquistar los territorios perdidos en la década de 1990. Por esta razón, se enfoca en los procesos políticos que Moscú ha construido en su relación con los Estados postsoviéticos, y en especial en aquellas poblaciones que tiende a calificar como “compatriotas”. En este sentido, es clave para este documento explicar la importancia de la guerra en Georgia (2008), el conflicto en Ucrania (2014), la reunificación de Crimea (2014) y la intervención de Rusia en el conflicto sirio (2011) como parte de su proyección global.

EL ORDEN INTERNACIONAL VIGENTE Y LA POSICIÓN INTERNACIONAL DE LA FEDERACIÓN RUSA

[54]

El orden internacional contemporáneo surgió al final de la Segunda Guerra Mundial, a través de pactos claves como el que condujo a la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), y los llamados pactos de Bretton Woods, de 1944, que llevaron tanto a la creación del Fondo Monetario Internacional como del Banco Mundial. Estas dos últimas instituciones fueron básicas para la construcción de la estructura económica de un orden internacional que se basaba en la idea de una competencia directa entre Estados-nación, unidos por sistemas de alianzas que no reconocían unidades diferentes a sí mismos, hasta el punto en que la mayoría de los intelectuales modernos supusieron que las monarquías, en particular las de Medio Oriente y otros regímenes especiales, como la teocracia del Tíbet, eran anomalías que en algún momento desaparecerían.

En todo caso, lo que sí parecía cierto, es que después de 1945 ningún Estado se reclamaría para sí el reconocimiento como imperio, independiente de que sus políticas fueran imperialistas, ya fuese porque tenía una capacidad de intimidación e imposición de decisiones y políticas a sus vecinos y aliados, o porque reclamara para sí de forma evidente y visible una esfera de influencia directa, geográficamente reconocible y geopolíticamente respetada.

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial el orden internacional tuvo una doble cara: por un lado fue un orden formal, con apoyo en instituciones que se erigieron sobre el derecho público internacional, con reglas conocidas y con procedimientos aceptados por la casi totalidad de los Estados existentes en la posguerra, y que se materializó en la creación de la ONU. En el discurso político todos los Estados aceptaron la idea de que en este orden internacional y en esta institución, los Estados se regían en sus relaciones internacionales por los mismos principios, con la excepción de lo que sucedía con los miembros del Consejo de Seguridad de este organismo, sobre todo con los Estados Unidos y la URSS, los países determinantes de la victoria contra la Alemania nazi durante la guerra.

La otra cara de este orden internacional fue la de la Guerra Fría¹, que introducía una condición de competencia directa no formal entre Washington y Moscú, dejando al descubierto la competencia geopolítica entre los dos, que condujo a la idea de que las sociedades contemporáneas y los Estados que las gobernaban se definían por las ideologías que eran las únicas aceptadas: las comunistas del lado soviético o las capitalistas del lado estadounidense. En estas circunstancias la Guerra Fría se conformó como una competencia bipolar por la hegemonía geoestratégica y geopolítica tanto global como regional, dentro de un marco ideológico estrictamente delimitado.

La Guerra Fría se inició oficialmente a finales del año 1947, cuando el presidente Harry Truman siguió las ideas sugeridas y analizadas por el periodista Walter Lippmann en su libro *The Cold War* (1947), para indicar que las posibilidades de colaboración que Franklin D. Roosevelt previó con la URSS ya no continuarían en el futuro, y sí por el contrario se entraría en un periodo de confrontación con la URSS gobernada por Iósif Stalin. Esta posición de Truman fue hábilmente apoyada por Winston Churchill, que intentaba por todos los caminos mantener el Imperio Británico en pie. Esta confrontación se mantuvo hasta el segundo semestre del año 1991, cuando se produjo la implosión del Estado soviético, luego de un largo, difícil y fracasado proceso de transición política que llevó a la quiebra del sistema político, que a su vez descansaba en una economía deficitaria.

Durante el periodo de tensión de la Guerra Fría, fue visible que la hegemonía de las ideologías políticas modernas occidentales alcanzó el punto de eliminar la posibilidad de que otras ideas políticas, no inscritas en tales modelos, pudieran sobresalir, como fue el caso, por lo menos oficialmente, de la religión, proscrita a un segundo plano, hasta desaparecer como objeto de estudio en muchas de las principales universidades occidentales, al lado de otras formas de ordenamiento político como las estructuras tribales o las monarquías.

[55]

La segunda mitad del año 1991 fue clave en esta dirección, pues durante ese periodo se produjo la implosión de la URSS, en un proceso largo y doloroso para las sociedades enmarcadas en el ámbito soviético, toda vez que las diferentes opciones que surgían fueron decantándose en una dirección de fracaso político, e incluso tecnológico y militar. En diciembre de ese año, la renuncia de Mijaíl Gorbachov (*End of the Soviet Union, Text of Gorbachev's Farewell Address*, 1991), que se daba además en medio de la traición de Boris Yeltsin, presidente de la Federación Rusa dentro de la URSS, y el creciente nacionalismo ucraniano, hicieron que la posibilidad de recuperar a la URSS en ese plano fuera prácticamente imposible. Para uno de los historiadores expertos en esta corta etapa, Serhii Plokhyy (2015), la implosión soviética fue mucho más que la caída de un Estado comunista, fue el desplome de un imperio europeo, más cercano a los imperios que desaparecieron al final de la Primera Guerra Mundial que a la versión de una gran potencia moderna.

La consecuencia directa de la implosión soviética fue la desaparición de uno de los contendores de la Guerra Fría y, por tanto, del orden bipolar que se encuadraba en el orden internacional informal, que de facto era paralelo al orden que se había formado con base en el modelo de las Naciones Unidas. Esta situación condujo al hecho incuestionado, por lo menos en esa coyuntura, de que Estados Unidos quedaba a la cabeza de un orden global basado en Estados-nación, que reconocían la institucionalidad del derecho internacional liberal, y junto con este entramado las diversas instituciones y formas de organización social, política, económica y cultural que podían ser amparadas por la misma estructura internacional.

¹ A pesar de la nueva bibliografía sobre la Guerra Fría, los expertos siguen considerando un texto fundamental el escrito por John Lewis Gaddis: *Nueva historia de la Guerra Fría* (2012).

Desde Moscú esta transformación fue preocupante a largo plazo, pues inmediatamente trajo como consecuencia que Rusia fuera tratada como un Estado-nación y no como un gran poder, o dicho de otra manera, como un imperio, que de hecho lo era, y que se había formado como Estado soviético en la medida en que había recibido una herencia territorial, de política exterior e incluso de concepción estratégica, de lo que había sido la monarquía formada por los Romanov (Montefiore, 2016), en el poder desde Pedro I, llamado Pedro el Grande, hasta la emergencia de la revolución durante el año 1917. Es más, esta herencia histórica se ha ido convirtiendo en el sustrato sobre el que se construye el discurso político del nacionalismo de la Rusia contemporánea, dando soporte a acciones como la anexión armada de Crimea durante el primer semestre de 2014.

La Rusia que surgió en la Posguerra Fría no se ha adaptado plenamente a la idea de ser tratada como un Estado-nación más en el orden internacional actual, y a pesar de que ha procurado un lugar adecuado a su autoconcepción, aceptando incluso una colaboración estrecha con Estados Unidos, como sucedió durante el periodo de gobierno de Boris Yeltsin, la búsqueda de un estatus apropiado anima su voluntad de transformación del orden internacional contemporáneo. Desde los mismos años posteriores a la caída de la URSS, en la nueva Rusia que se dirigía de forma incuestionada a adoptar políticas de choque económico y apertura de mercados, junto con severos procesos de privatización de empresas y de recursos naturales, Boris Yeltsin le dejó en claro al presidente Bill Clinton que Rusia era un gran poder y no un Estado menor (Talbot, 2002).

[56] Sin embargo, el asunto de cómo Rusia asumía su propia perspectiva de Estado en la Posguerra Fría, es decir, si admitía que era o no un Estado-nación más o una gran potencia, se evidenció desde que el gobierno lo tomó Vladimir Putin, el 9 de agosto de 1999 hasta la actualidad. Putin se ha mantenido en el poder de modo directo e indirecto, ocupando o controlando la presidencia de la Federación Rusa, iniciando como presidente del gobierno designado por Yeltsin, y luego de manera directa como presidente en propiedad durante los periodos 2000-2004, 2004-2008 y 2012-presente. En el periodo 2008-2012 Putin se sostuvo en el gobierno en el cargo de primer ministro en la presidencia de Dimitri Medvedev, quien actuaba en coordinación con el expresidente.

Desde el gobierno de Putin ha sido obvio que Rusia tiene dos posiciones estratégicas fundamentales para su concepción de seguridad y defensa, que a su vez son funcionales a su idea de mantenerse como un gran poder internacional: por una parte, el gobierno de Moscú y sus fuerzas militares, identifican como una gran amenaza a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que con las incorporaciones a su organización, realizadas en los últimos veinte años, incluyendo a Estados del espacio postsoviético, genera la sensación de cercamiento de su espacio y territorio. Esto ha sido claro y abiertamente expresado por los militares rusos en diferentes conferencias, en las que manifiestan que las fuerzas militares de la OTAN estacionadas en territorios que son fronteras con los rusos, son un peligro para la estabilidad del Estado encabezado por Moscú. Y en esta misma dirección, Moscú ha indicado que los procesos de expansión de la Unión Europea son una amenaza para su estabilidad, convirtiéndose dichos procesos en un segundo objetivo estratégico.

Lo que está en la base de las posiciones de Putin y del Gobierno de Rusia en contra de la OTAN son tres asuntos de primordial importancia para el Estado ruso: (i) Moscú no aceptará un orden internacional que se erija en la idea de la unipolaridad; (ii) Rusia tiene una esfera de influencia que reclamar y mantener, y por tanto actuará con el fin de preservar dicha esfera; y (iii) Rusia es una gran potencia que exige igualdad en el trato y en el diseño de la política global. En el periodo de Yeltsin el Gobierno de Moscú ya había avanzado en este camino cuando fue convocado por el primer ministro chino Jiang Zemin, en el año 1997 (Gordon, 1997), para iniciar conversaciones con

el propósito de contener la expansión de los Estados Unidos a través de la OTAN y de la Unión Europea, validando la noción de que era posible dar lugar a nuevas formas de entender y actuar en el orden internacional existente, que representaban y respetaban las organizaciones fundadas al final de la Segunda Guerra Mundial, y otras más de carácter regional pero que se inscribían en la lógica institucional de dicho orden. Yeltsin y Jiang abrían la puerta para la crítica de una concepción unipolar en la dirección del orden internacional, una idea que se había convertido en una referencia elemental en la década de 1990.

Este cambio de postura se iba ampliando con las críticas que los oficiales rusos, ya fueran militares o civiles, hacían habitualmente, en los años noventa, a la forma como la OTAN, la Unión Europea y en últimas, Estados Unidos, trataban los conflictos surgidos en la antigua Yugoslavia, en donde al parecer privilegiaron la creación de pequeños Estados fragmentando a uno de mediano poder, Yugoslavia, cercano a Moscú, y dejaron que las violencias de la limpieza étnica avanzaran² para luego intervenir de diversas maneras, especialmente cuando los Estados occidentales acordaron darle reconocimiento a Kosovo como Estado independiente³, algo inaceptable para Moscú, e incluso para otros Estados occidentales como España.

En la medida en que algunos de los Estados postsoviéticos del frente occidental emprendieron el recorrido para ingresar a la Unión Europea, y con ella a la OTAN, empezando con Polonia durante el periodo de gobierno del Sindicato Solidaridad, luego de la implosión soviética, se dio lugar a la idea de cercamiento que Rusia experimentaba en el área que consideraba tradicionalmente suya desde el siglo XVIII, como en el caso de Ucrania o Bielorrusia. Pero la profundización de las alarmas estratégicas rusas se puso en marcha luego de los cambios de gobierno en Georgia, Ucrania y Kirguistán, durante el llamado periodo de las revoluciones de colores, que implicaron que candidatos prooccidentales asumieran el poder⁴.

[57]

En Georgia se produjo en 2003 la Revolución de las Rosas, que implicó la salida del poder de Eduard Shevardnadze y la asunción de la presidencia por parte del pronorteamericano Míjeil Saakashvili; en Ucrania se dio la Revolución Naranja (2004), que permitió el acceso al poder de Viktor Yushchenko, en detrimento del candidato prorruso Viktor Yanukovich; y en Kirguistán surgió la Revolución de los Tulipanes (2005), que cesó del poder a Askar Akáyev, un prorruso que dirigió el gobierno de Biskek desde antes de la implosión soviética.

En este contexto pareció evidente para los estrategas rusos que el cercamiento del antiguo imperio ruso no era una suposición, y que tanto la Unión Europea como la OTAN tenían planes para impedir los procesos de rearticulación de Rusia con su espacio exterior inmediato, es decir, los territorios postsoviéticos, ahora gobernados por nuevos Estados. Así, los desacuerdos entre Saakashvili y Putin se volvieron frecuentes, adquiriendo un tono de advertencia, lo que se hizo explícito durante la guerra ruso-georgiana de agosto de 2008. Pero estos desacuerdos no eran, según la perspectiva de Agnia Grigas (2016), solo una casualidad o una condición limitada a las relaciones personales entre el presidente de Rusia, como gran potencia, y el presidente del pequeño país de

² Un texto que se aproxima a los conflictos étnicos en los territorios de la antigua Yugoslavia es el de John Maresca: *Former Yugoslavia and Kosovo* (2001).

³ Estados Unidos, Alemania, Reino Unido, Italia y Francia reconocieron a Kosovo como Estado independiente.

⁴ Un análisis interesante sobre las revoluciones de colores y las elecciones desarrolladas en la Europa poscomunista, caracterizadas, por un lado, por la derrota de regímenes autoritarios y, por otro, por el empoderamiento de los ciudadanos, lo presenta el libro de Valerie Bunce y Sharon Wolchik (s. f.) *Defeating authoritarian leaders in postcommunist countries*.

Georgia, sino que configuraban un modo de entender la política exterior de Rusia, orientada a restaurar su prestigio de gran potencia y a establecer un control directo sobre el espacio postsoviético.

Esta forma de política exterior se basa en establecer el concepto de “compatriota” como una prioridad para la acción exterior rusa, englobando en el mismo a las minorías rusas que al momento de la implosión soviética quedaron incluidas en los territorios postsoviéticos, bajo el gobierno de nuevos Estados soberanos, que para todos los efectos tratarían a estos rusos no ya como los miembros de la etnia principal de la URSS sino como miembros de minorías específicas asociadas a un Estado extranjero. Según Grigas (2016) dentro de este mismo concepto de compatriotas también cabían los *rusófonos* y los grupos que no se afiliaban a ninguna nación ni a una etnia particular, que se consideraban soviéticos a secas, pero que tampoco se consideraron ni nacionales ni miembros étnicos de los grupos sociales que daban sustento a los nuevos Estados.

La noción de compatriotas como una población concreta que requiere la atención, la protección e incluso la reincorporación por parte del Estado ruso, es un concepto que ha permitido al Kremlin y a los estrategas rusos una política exterior que se compone de siete partes claves, según la lectura de Grigas (2016). Estas siete partes son las siguientes:

1. Aplicación de políticas de *soft power*.
2. Implementación de políticas humanitarias.
3. Políticas dirigidas –específicamente– a los compatriotas.
4. Concesión de pasaportes.
5. Guerra de la información.
6. Acciones de protección para las poblaciones en riesgo.
7. Control informal o anexión formal de territorios en donde residan los compatriotas.

Estos principios se justifican en dos perspectivas complementarias entre las ideas políticas de la actual Rusia: la primera es la que indica que Rusia debe recuperar a toda costa su papel en la política global, retomando su lugar como gran potencia, y en este sentido la intervención de Putin en 2005, lamentándose de que la caída de la URSS había sido el mayor desastre geopolítico del siglo XX (Putin, 2005), es una clara expresión de la necesidad de recobrar no solo la visibilidad de Rusia sino su puesto como un Estado que es capaz de participar de forma determinante de la política global. La segunda es que la Rusia actual debe reconquistar su lugar como una civilización importante en el mundo, que no es dependiente de sus relaciones con Occidente, y que tiene por derecho propio unas relaciones fluidas, aunque diferenciadas con el mundo asiático. Esta segunda idea ha tomado cuerpo a través de la idea del *eurasianismo*, una escuela de pensamiento político y de reflexión histórica, que además da forma a un nacionalismo de carácter fuerte, muy presente en la política, las instituciones y la sociedad rusa contemporánea.

Dentro de este componente han sido de gran relevancia las relaciones entre el Gobierno ruso –especialmente durante la administración de Putin– y la Iglesia ortodoxa. Estas relaciones, pese a que durante el siglo XX la mayoría de los rusos hicieron un tránsito hacia una concepción laica

[58]

de la sociedad y la vida cotidiana, facilitan que Rusia como Estado exhiba un cierto sentido de misión civilizacional, marcado por las interpretaciones de la cristiandad ortodoxa con respecto a las otras ramas de la cristiandad, al igual que frente a otras religiones como el islam o la diversidad de creencias de las áreas asiáticas.

En este contexto, han sido esenciales las relaciones de Putin con los patriarcas, principalmente con el patriarca Cirilo I de Moscú y toda Rusia⁵. En noviembre de 2016 Putin y el patriarca Cirilo I descubrieron, en los alrededores del Kremlin, una estatua del príncipe Vladimir, quien llevó el cristianismo ortodoxo hasta Rusia, desde la península de Crimea hacia el norte, y centrado finalmente en Moscú, concebida con el paso del tiempo y después de la caída de Constantinopla en manos de los otomanos, en 1453, como la Tercera Roma, reforzando la idea de Moscú como centro vital de la cristiandad. Como se ha afirmado, las relaciones con la Iglesia ortodoxa no son una peculiar derivación en la política rusa, y menos aún en su política exterior, pues esta tiene una participación fundamental en la expansión de la política cultural, en organizaciones patrocinadas por la presidencia rusa.

GEORGIA COMO LABORATORIO RUSO

El conjunto de las políticas exteriores de Rusia, sobre todo en su espacio exterior inmediato, es decir, el espacio postsoviético, ha estado marcado por acciones como la guerra en Georgia, que permitió que Rusia mostrara su proyección como gran potencia, a la vez que materializaba sus amenazas contra los Estados postsoviéticos que intentaran ingresar en la Unión Europea o en la OTAN. La guerra contra Georgia⁶ inició el 6 de agosto de 2008, sin embargo, algunos analistas como Ronald Asmus (2010) aseguran que las acciones bélicas que condujeron a ella habrían empezado mucho tiempo antes, soportadas por cierta complicidad entre las fuerzas separatistas y las tropas rusas, encuadrada en una política estatal de recuperación de la influencia exterior de Moscú en el espacio exterior inmediato.

[59]

En julio de 2008 las fuerzas de mantenimiento de paz conformadas por tropas georgianas y algunos pueblos georgianos, fueron víctimas de bombardeos por parte de las fuerzas separatistas osetias, a las que respondieron evitando escalar el conflicto. Para ese momento el Ministerio de Defensa de Georgia no estaba considerando acciones en Osetia del Sur, habiendo dado privilegio a los planes de defensa en Abjasia, estimada hasta ese momento como la región en mayor peligro de conflicto y separación. Al parecer por ese motivo solo contaba con dos brigadas para el combate, lo que hacía que su capacidad de defensa fuera limitada, dentro de una fuerza militar ya de por sí modesta, compuesta por 21.150 soldados (International Institute for Strategic Studies, 2009).

Además, para ese momento contaba con la disponibilidad operativa del 50 % de los soldados, pues algunas unidades habían sido enviadas a la guerra de Afganistán, otras más estaban de vacaciones, a la vez que una buena cantidad de tanques de guerra había sido llevada a reparación, siendo prácticamente todos viejos tanques de fabricación soviética, principalmente T72 y T54. No obstante, Asmus (2010) sostiene que el verdadero problema radicó en la falta de entrenamiento de las fuerzas militares georgianas y del equipo necesario para enfrentar al ejército ruso.

⁵ La llegada de Cirilo I como patriarca ha hecho que la Iglesia ortodoxa esté más involucrada en los aspectos políticos de Rusia, al grado de considerarse por muchos como aliada del Gobierno.

⁶ Además del texto de Ronald Asmus (2010), otro estudio interesante es el de Svante Cornell y Frederick Starr: *The guns of August 2008: Russia's war in Georgia* (2009).

El 6 de agosto las fuerzas georgianas comenzaron un despliegue sobre Osetia del Sur, territorio considerado parte integrante de ese país. Rusia a su vez desplegó una operación de apoyo a las fuerzas separatistas y posteriormente una invasión a Georgia superando en una proporción de 3 a 1 el total de tropas de Tiflis. Los acontecimientos permitieron comprender que Rusia había estado ejecutando un proceso de modernización de bases militares e infraestructura de ferrocarriles, aumentando la posibilidad de enviar armas y previendo el conflicto con anterioridad. Este envío incluía sistemas de armas avanzadas y provisiones de material de guerra convencional; también se movilizaron unidades de la Flota del Mar Negro. Rusia mostraba así lo que algunos denominaron como la más grande transformación de su ejército desde el nacimiento del Ejército Rojo (Bryce-Rogers, 2013).

Las acciones marítimas y aéreas de Moscú se acompañaron de un elemento novedoso: la ciber guerra o “cuarto frente” (Clarke y Knake, 2010). Los ciberataques buscaban la humillación del presidente de Georgia, Míjeil Saakashvili y la incomunicación de la estructura del Estado hacia el exterior, mientras que a la vez atacaban al sector financiero, reflejando lo que Grigas (2016) denominó como “guerra de la información”, tomándola como una de las siete partes clave de la acción política exterior de la Federación Rusa.

Luego de más de quince años de no haber evidenciado sus capacidades de combate, Rusia aparecía exhibiendo su competencia militar, lo que también tenía un impacto directo sobre las políticas de seguridad de Estados Unidos. Mostraba a Occidente, a través de sus acciones, que había vuelto a su área de influencia, con la voluntad y la capacidad necesarias. Esta posición fue notoria en la contestación de las tropas rusas al supuesto ataque por sorpresa de las fuerzas militares georgianas contra las posiciones de los separatistas, probando que la respuesta se preparó con suficiente anticipación.

[60]

Se buscaba en esta respuesta un doble objetivo: primero, la independencia de Abjasia y Osetia del Sur con respecto a Georgia, con el propósito posterior de anexarlas a Rusia; y segundo, el sometimiento del régimen de Tiflis, llevando al país al caos político y cambiando el régimen por medio de mecanismos indirectos. Esto dejaría claro que la independencia de un país en el área postsoviética y la búsqueda de alianzas como las de la OTAN o la Unión Europea, solo conducirían al fracaso en el mantenimiento de la independencia y la soberanía, además de representar una amenaza inaceptable para la seguridad rusa.

Con el acercamiento de Georgia a la OTAN y a la Unión Europea, soportado en las estrechas relaciones que sostenían Míjeil Saakashvili y George W. Bush, se producía un intento de Tiflis por escapar de las manos de Moscú. Pero este acercamiento resultó vano desde la perspectiva del Kremlin, pues no se permitía, ni se permite que los Estados del ámbito postsoviético asuman que pueden acercar alianzas militares activas a las fronteras rusas, y mucho menos cuando estas alianzas son explícitamente antirrusas en su doctrina y su preparación. La guerra quedó así establecida como el camino directo para impedir el asentamiento de la OTAN y de la Unión Europea en su ámbito de influencia exterior inmediato.

Para restringir la acción inicial de los bombardeos, Georgia procuró controlar Tsjinvali, proteger a pueblos que tuvieran mayoría étnica de georgianos y neutralizar las acciones de los atacantes. El objetivo era desplegar fuerzas georgianas que cubrieran la ciudad, pero las fuerzas de paz rusas consiguieron superarlas entrando en combate abierto, incluso llegando a eliminar a algunos comandantes y oficiales georgianos. Los acontecimientos llevaron a que Saakashvili decidiera que

Georgia entraría en guerra pensando que el accionar de Moscú se circunscribiría a la zona rebelde de Osetia del Sur, lo que constituyó un error de cálculo estratégico y de sobrevaloración indebida de los compromisos verbales manifestados por los dirigentes occidentales, quienes creyeron que la Federación Rusa no actuaría de forma tan contundente en su espacio exterior inmediato.

La Cuarta Brigada de los georgianos fue desplegada en el noroccidente de la ciudad de Tsjinvali, sin embargo, dos de sus batallones fueron derrotados por los rusos, quienes tomaron control del norte. El Departamento de Estado de Estados Unidos promovió tres puntos para un posible acuerdo político que pudiese dar por terminado el conflicto: (i) limitar las ganancias militares rusas; (ii) impedir el cambio de régimen georgiano por parte de Rusia; y (iii) que la Federación Rusa pagara un precio por su incursión. Pero este último punto lo rechazaron los diplomáticos rusos por ser un impedimento para negociar el fin de la guerra.

El entonces primer ministro, Vladimir Putin, se reunió con George Bush en Beijing, sin llegar a ningún acuerdo, mientras que dentro de la política rusa Putin asumía el control de las operaciones militares y del plan de campaña sobre Georgia. En la búsqueda de una victoria militar incontestable, la acción rusa dejó de ser una operación condicionada al territorio de Osetia del Sur para transformarse en una invasión que amenazaba Tiflis. El 10 de agosto las fuerzas georgianas se concentraron en el sur de Tsjinvali con el propósito de bloquear el paso de los rusos, pero fueron bombardeadas, sobrepasadas y finalmente eliminadas como contención de las fuerzas militares rusas.

En este escenario se dio lugar a una infructífera conversación telefónica entre la entonces secretaria de Estado norteamericana, Condoleezza Rice y el ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, Serguéi Lavrov, desembocando en una citación urgente al Consejo de Seguridad por parte de Washington. Washington acusó a Rusia de querer derrocar un gobierno elegido democráticamente, lo que creaba un punto de tensión y dejaba en claro que, si Washington asumía la mediación, esto derivaría en un conflicto Estados Unidos-Federación Rusa. Pero en el intento de terminar la guerra, Saakashvili anunció un cese del fuego unilateral, teniendo dos posibilidades: defender la ciudad de Tsjinvali con lo que tenía de fuerza militar convencional o crear una fuerza guerrillera (lo que implicaba su desaparición como Estado).

[61]

Más allá de la situación específica en Tsjinvali, la invasión de Georgia pasó de potencial amenaza a acción militar y política en curso, con la toma de Tiflis como objetivo, generando con ello el derrocamiento del gobierno. En ese contexto Saakashvili buscó un alto al fuego inmediato y con ello dar lugar a un acuerdo de paz. El mediador para esto pareció que sería Nicolas Sarkozy, entonces presidente de Francia. Para París el objetivo era parar la guerra en Georgia –evitando el derrocamiento de su gobierno– e impedir la crisis de las relaciones de Moscú con la Unión Europea.

Se llevó a cabo una reunión entre Sarkozy y el presidente Dimitri Medvedev, con el compromiso de que Rusia no avanzaría hacia Tiflis mientras se buscaba la solución al cese del fuego. En el encuentro Putin se hizo presente mostrando que la negociación pasaría por sus manos. Se logró allí un acuerdo para parar la guerra salvando a Georgia como Estado (Traynor, Harding y Womack, 2008), lo que se consignó en el respectivo documento de la siguiente forma: no recurrir al uso de la fuerza, cese de las hostilidades, libre acceso a la asistencia humanitaria, retiro de las fuerzas armadas georgianas de sus posiciones permanentes, retiro de las fuerzas rusas y establecimiento de medidas adicionales de seguridad por parte de las fuerzas de paz rusas; por último, se declaró que se desarrollaría un debate internacional sobre la situación de Osetia del Sur y Abjasia brindando las garantías necesarias para su seguridad (Kramer, 2008). Medvedev terminó por reconocer la

soberanía y la independencia de Georgia, pero hasta finales de 2008 la tensión bélica entre los dos países siguió abierta, de manera paralela al reconocimiento por parte de Moscú a Osetia del Sur y Abjasia como repúblicas independientes⁷, que después serían reincorporadas a la Federación Rusa a lo largo de 2015.

Rusia había aplicado en Georgia una estrategia en camino hacia su reimperialización, incluyendo el derecho a proteger a una población de un genocidio, asumiendo una posición de protección humanitaria; la entrega de pasaportes rusos a personas de diferentes regiones (Bonet, 2014), pero bajo la protección de Moscú. En noviembre de 2017 Putin anunció la entrega de pasaportes para los habitantes en los países del espacio postsoviético que puedan ser identificados como compatriotas, sobre la base de sus intereses imperiales y la reconstrucción de su espacio exterior. Pero más allá de estas consecuencias, Moscú intentó crear una nueva reconsideración de su posición en el orden internacional, dando la señal de que en el espacio postsoviético sus intereses y reglas son las que tienen primacía. Dicho de modo directo, en el espacio postsoviético Rusia se reconstruye y se impone en su esfera imperial.

La guerra en Georgia dejaba en claro el destino que le esperaba a los Estados postsoviéticos que pretendieran acercamientos con la OTAN, pero asimismo generaba la duda sobre si el objetivo de Rusia se encontraba solo allí en Georgia o si estaría desplegando una estrategia geopolítica que incluía a Ucrania, Crimea y los Estados del Báltico. Las respuestas a estos interrogantes se despejaron con el conflicto de Ucrania y la anexión de Crimea a partir de 2014.

SIRIA O EL INGRESO AL MEDIO ORIENTE

[62]

En el proceso de inestabilidad, ruptura y caída de los regímenes árabes conocido internacionalmente como Primavera Árabe⁸ –que terminó siendo un conjunto de revueltas árabes–, una de las guerras con mayor impacto es la que se desarrolla desde el segundo semestre de 2011 en Siria. Durante este año múltiples grupos de opositores al régimen de Damasco, encabezado por Bashar al-Asad, hijo del gobernante alauita Hafez al-Asad, vieron la oportunidad de acabar con el régimen que consideraban opresor, dictatorial y sobre todo abiertamente proiraní. Esta última perspectiva es de especial valoración entre los grupos opositores surgidos entre los sectores sunitas de la sociedad siria, de donde además salieron grupos importantes de oficiales militares, soldados y civiles que trabajaban para el régimen. Las protestas tienen varios orígenes, entre los que se cuentan los intentos de derrocar el régimen soportado por la familia de los Asad –y afianzado dentro de la minoría alauita–, que a su vez recibía apoyo del régimen de Irán; y diversos problemas y asuntos como las disputas por las tierras y una larga sequía que afectaba a las diversas regiones agrícolas sirias.

Las protestas, que empezaron en las afueras del distrito de Homs, rápidamente se extendieron a otras regiones del país, abarcando en principio un arco sur, que partía de las afueras de Damasco para llegar hasta la frontera con Irak, centrándose en la ciudad de Deir ez-Zor, mientras que por el norte las protestas se concentraron con celeridad en una dimensión territorial que incluyó a las ciudades de Alepo –cerca de la frontera con Turquía– y Al-Raqa en el centro oriente del país. Esta dispersión de las protestas hizo que el régimen se viera superado en sus capacidades represivas, a lo que se sumó el hecho de que muchos oficiales y soldados de origen sunita se negaron a ejercer

⁷ Para una mirada a la situación de Abjasia y Osetia del Sur véase Garb (2009).

⁸ Un texto que aborda la Primavera Árabe en aspectos relativos a la represión y la crisis ocurrida en varios países es *The Arab Spring, pathways of repression and reform* de Jason Brownlee, Tarek Masoud y Andrew Reynolds (2015).

acciones represivas fuertes, entre las que estaba disparar contra los manifestantes. En este escenario se produjo un punto de quiebre en la estabilidad militar del régimen, toda vez que se inició una desertión de militares y agentes de policía con el fin de configurar cuerpos armados que dieron principio a una lucha dispareja contra el régimen buscando derrocarlo.

Entre los grupos que aparecieron en el periodo 2011-2012, el llamado Ejército Libre Sirio concitó gran parte de la atención internacional, pues Washington estableció contacto con sus líderes, les armó e incluso ofreció una cooperación inicial importante, con el objetivo de buscar el derrocamiento de al-Asad y la consecuente instauración de un régimen democrático. Empero, este grupo, como fue sucediendo a lo largo de las revueltas que sacudieron al mundo árabe, pronto fue copado por la participación de yihadistas, entre los que destacaban los provenientes de Al Qaeda, en una acción que tuvo un modo de operación exitoso durante el caos político que sobrevino al asesinato de Muamar el Gadafi en Libia, en agosto de 2011.

El surgimiento del yihadismo, las diferencias sectarias, religiosas y tribales en los primeros meses del conflicto sirio, junto con las repercusiones internacionales que el mismo iba abriendo, convirtieron esta guerra en una de una particular complejidad, toda vez que se luchan en la misma cuatro conflictos distintos: uno, la confrontación entre sunitas y chiitas, contándose a los alauitas dentro de sus cercanos religiosos y políticos de estos últimos.

Dos, una lucha geopolítica dentro de la llamada guerra *proxy*, entre Arabia Saudita e Irán, en donde los sauditas han patrocinado a los diferentes grupos sunitas combatientes, incluyendo al Estado Islámico, mientras que Irán se ha decantado por apoyar al régimen de Damasco. Una tercera disputa tiene que ver con la lucha por la homogenización étnica en los diversos territorios de Siria, en donde tanto el Estado como los grupos combatientes, sobre todo el Estado Islámico, han dado apertura a estos procesos. Y un cuarto conflicto es el que se ha abierto internacionalmente por Siria y su valor geopolítico global, considerando que Estados Unidos y la Unión Europea han patrocinado la caída de Bashar al-Asad, en tanto que Rusia, Irán y China se han mantenido como patrocinadores del mismo.

El último conflicto es donde Rusia encuentra un nuevo ámbito de acción internacional, dando salida a sus aspiraciones como protagonista del poder global de primer orden, y para ello ha defendido la posición de que el régimen de Damasco ha enfrentado una guerra ilegítima protagonizada por grupos terroristas que reciben auspicio de Estados occidentales y árabes. No en vano es obligatorio mencionar que grupos conocidos por acciones terroristas también tienen una diferenciación geopolítica en función del conflicto sirio: Hezbolá apoya y combate, desde sus bases en Líbano, en favor del régimen de Damasco, lo que le facilita acumular armas y capacidades militares notorias, mientras que en el bando contrario se han enfilado grupos como Al Qaeda, el Estado Islámico, el Frente Al-Nusra y otros más.

La entrada en firme de Rusia en este conflicto estuvo marcada por el caso del uso de armas químicas en el desarrollo de la guerra durante el primer semestre de 2013. Barack Obama, entonces presidente de Estados Unidos, había advertido que la utilización de este tipo de armamentos sería el punto culminante para una intervención directa de la armada de su país, pero ante la amenaza inminente de intervención, que dentro de la política norteamericana se mezcló con la promesa y la esperanza de la opinión pública estadounidense de no regresar a una guerra luego de los fracasos de Afganistán e Irak, Putin tomó la iniciativa de proponer a la Casa Blanca que Moscú se encargaría de este arsenal sirio, lo destruiría en el mar y garantizaría una perspectiva humanitaria en la guerra.

[63]

La realidad es que Rusia aprovechó el contexto no solo para defender al régimen de Damasco y su base naval de Tartús, en la costa siria, sino para involucrarse a profundidad en la guerra, incorporando armas, tropas, estrategias y diplomacia. Durante el segundo semestre de 2017, Moscú ha indicado que el régimen de Damasco ganó la guerra, y en la conducción de las conversaciones de paz celebradas desde el mes de septiembre en Astaná, Kazajistán, ha hecho primar su posición e incluso su idea de reordenamiento de Medio Oriente, en la que Irán tiene un papel prevalente.

Es necesario indicar que este proceso de paz ya lo impulsó Rusia en diciembre de 2016 sobre la base del acuerdo de alto al fuego, lo que permitió a las tropas rusas disminuir su presencia en el terreno, aunque también conservar una iniciativa de alcance estratégico clave, que incluye la base de Tartús y el apoyo directo a uno de sus aliados actuales más significativos: Irán.

Pero el protagonismo de Rusia se consolidó ante la ambivalencia y la duda de la Casa Blanca para hallar una salida, tomar una posición directa y liderar un proceso de transformación o de *statu quo*. Esta situación se ahondó en 2017 con la errática proyección global del gobierno de Donald J. Trump, quien adicionalmente está condicionado por el escándalo de la infiltración rusa en las elecciones de Estados Unidos en 2016 (Ahrens, 2017).

[64]

La relevancia de las acciones rusas en Siria radica en que es la primera acción cardinal y de trascendencia global desde la invasión de Afganistán en 1979, y luego de la ausencia por incapacidad material de participar en la Primera Guerra del Golfo en 1991 contra Kuwait. Esta acción ha permitido que Rusia muestre que tiene capacidades para intervenir más allá de su espacio exterior inmediato, e intervenga defendiendo sus nociones sobre el orden internacional y la forma de gestionarlo. Ello le favorece para emprender otras acciones, paralelas a este proceso, algunas contundentes, como en Ucrania y Crimea, y otras más enmarcadas en la diversificación de alianzas y disputas geopolíticas, como Venezuela, Cuba y Nicaragua.

DE UCRANIA A CRIMEA: LA RETOMA DEL TERRITORIO Y LA RECONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA

A finales del año 2013 el gobierno ucraniano, que dirigía Viktor Yanukovich, intentaba eludir la firma definitiva de los tratados negociados durante varios años con los representantes de la Unión Europea, que pretendían establecer una ruta de integración del Estado presidido por Kiev dentro del ámbito europeísta. La duda radicaba en que Yanukovich había accedido al poder en 2010 como un candidato prorruso, escogido y apoyado personalmente por Putin, y que había entrado al poder después de la derrota que supuso la batalla por el poder en el año de 2004, cuando se presentó en Ucrania la Revolución Naranja, que facilitó la llegada al poder de un candidato prooccidental, que representaba a una alianza de partidos políticos nacionalistas, en general con fuerte sentimiento antirruso.

Este candidato era Viktor Yushchenko, quien gobernó en una posición de claro alejamiento de Moscú, lo que de alguna forma convenció al Kremlin de que era forzoso demostrar de manera directa qué significaba intentar transformar el espacio exterior postsoviético, abriendo las puertas a la Unión Europea y a la OTAN. Dicha situación explica que la guerra en Georgia tuviera un significado importante como advertencia y como posible forma de acción contra aquellos Estados postsoviéticos que intentaran cambiar su esfera de seguridad.

Entre los meses de octubre y noviembre de 2013, las manifestaciones públicas contra las ambigüedades del gobierno de Yanukovich respecto de las relaciones con la Unión Europea, estaban

animadas además por las conversaciones de acercamiento del gobierno de Kiev con el de Moscú, dentro de las cuales se planteaba la necesaria acción abierta y más participativa de Ucrania en las organizaciones internacionales y económicas promovidas por la Federación Rusa, y que buscaban, según señalan diversos analistas, la reintegración de los territorios y los Estados perdidos durante las independencias de 1992.

Las manifestaciones se convirtieron en protestas que convocaban a decenas de miles de ciudadanos, y rápidamente pasaron a un escenario marcado por la ruptura de conversaciones entre el gobierno y los partidos de la oposición, para luego generar un rompimiento con sectores sociales ajenos al gobierno, y con ello abrir un periodo de violencia colectiva. En este punto de disputa política, la guerra de información emprendida por Rusia hizo un esfuerzo de gran impacto global para presentar a los opositores gubernamentales como grupos “fascistas”, resucitando incluso viejos ataques del periodo de la Segunda Guerra Mundial, en el que muchos ucranianos se unieron a los alemanes con la esperanza de crear un Estado ucraniano independiente.

En este escenario la política rusa se fue enfocando en dar lugar a la protección de aquellos ciudadanos ucranianos a quienes podía identificar como “compatriotas”, que se caracterizaban por reconocerse como rusófonos y que no formaban parte de los grupos sociales identificados como étnica y lingüísticamente ucranianos. En este proceso también han tenido un papel aquellos grupos sociales e individuos que se definen como rusos étnicos y los que adicionalmente se presentan como ortodoxos, para diferenciarse de opciones identitarias de ucranianos que se definen como no ucraniohablantes y católicos romanos.

Las protestas fueron radicalizándose y expandiéndose en el país, en donde para el mes de diciembre de 2013 había dos sectores sociales confrontados, los nacionalistas ucranianos y los prorrusos, mientras el gobierno iba en caída libre y el Congreso de la República se dividía casi en las mismas proporciones de la confrontación social. Según Horvath (2015) Vladimir Putin, por su parte, habría apoyado tanto al nacionalismo étnico como al irredentismo territorial en declaraciones públicas y algunos intelectuales nacionalistas impulsaron una idea patriótica moldeando la percepción de la misma, lo que hizo que los nacionalistas rusos desempeñaran un papel fundamental (Horvath, 2015). Esto mostraba cómo se había hecho un trabajo de acercamiento a los “compatriotas” que en cierto modo compartían características culturales con Rusia.

El gobierno de Yanukovich perdió para el mes de diciembre cualquier posibilidad de diálogo y negociación con la oposición parlamentaria, viéndose limitado a obtener la obediencia debida de los funcionarios estatales, muchos de los cuales pasaron a conformar parte de los comités de protesta, o simplemente estaban en las posiciones contrarias al gobierno en su interpretación de un rol de cercanía con respecto de Moscú. Para principios de febrero era evidente que Yanukovich había perdido el apoyo de la cúpula militar y de los diversos organismos armados del Estado, tales como los cuerpos de policía que se dirigen desde el Ministerio del Interior.

En estas condiciones se produjo el abandono del cargo presidencial en la semana del 20 de febrero, y para el 22 del mismo mes se declaró la vacancia del poder, toda vez que Yanukovich aparecía en una localidad rusa buscando el asilo político temporal, mientras reorganizaba a sus aliados para retomar el poder con el apoyo directo del gobierno de Putin. El mandatario ruso declaró en la televisión estatal que la caída del gobierno de Yanukovich era un golpe de Estado apoyado por las potencias occidentales, y este debería ser devuelto con un proceso de estabilización de Ucrania.

[65]

En este ambiente se inició desde el mismo mes de febrero un proceso de doble intervención de Rusia en Ucrania; por una parte, se brindó apoyo abierto a los grupos de rusófonos que protestaron desde las provincias orientales –específicamente desde Donetsk, Lugansk y Crimea– contra el gobierno interino de Oleksandr Turchínov que llenó el vacío de poder que dejó Yanukovich, mientras se celebraban nuevas elecciones presidenciales. Por otra, se emprendió una serie de operaciones militares encubiertas, al parecer desde mediados del mes de enero de 2014, que condujeran a la separación de facto de Crimea de Ucrania y su reincorporación dentro de Rusia.

Esta situación conllevó que en las provincias orientales aparecieran unidades de guerrilla armadas, entrenadas y con capacidad de tomar control de poblaciones, carreteras y aeropuertos, dejando en una posición defensiva y en retirada a las fuerzas militares ucranianas. En este contexto se intentó proclamar la creación de las repúblicas de Donetsk y Lugansk, mientras que en Crimea aparecieron unidades militares sin insignias, ni identificaciones individuales ni banderas, y sin hacer uso de aparatos de comunicación, se hacían pasar por crimeos que habían decidido separarse de Kiev y buscar la reunificación con el Estado ruso.

Rusia llevó su acción en Crimea en dos niveles diferentes: primero, frente al Estado ucraniano buscó legitimar sus acciones militares a través de la celebración de un referéndum en el que solo podían participar los crimeos reconocidos como tales, este se ofició a principios del mes de marzo de 2014 y tuvo como resultado que más del 90 % de los votantes se decantaban por la reunificación con Rusia (Harding y Walker, 2014). Segundo, en el plano internacional Moscú optó por reivindicar tanto histórica como políticamente el hecho de que Crimea era parte integral de Rusia, sin interrupción, desde el año 1774, y que había quedado administrativamente bajo el gobierno de Ucrania, como región interior y soberana del Estado soviético, por una reforma de la década de los años 1950. En consecuencia, la cuestión de Crimea no quedaba resuelta con la independencia de Ucrania en la década de 1990 y debía tener una solución definitiva.

[66]

Luego del referéndum en Crimea, Putin pasó a reconocer en diversas alocuciones los éxitos militares de los separatistas de las provincias orientales de Ucrania, lo que hizo sospechar del potencial control de los separatistas desde Moscú y el apoyo militar que posiblemente estaban recibiendo. En este escenario se produjo el derribo –con un misil tierra-aire que lanzaron los separatistas ucranianos– del vuelo 17 de Malaysia Airlines, que partió de Ámsterdam (Holanda) con destino a Kuala Lumpur (Malasia)⁹, llevando el conflicto ucraniano a un nivel de guerra de secesión abierta, en la que Ucrania ya iba disipando toda iniciativa con la pérdida de Crimea, en donde además las unidades navales supuestamente rebeldes habían logrado copar y desterrar a las unidades de la armada ucraniana.

Aquí las lecciones que recibieron los Estados postsoviéticos durante la guerra de Georgia quedaron claras y Ucrania debía decidir si perdía territorio a manos de supuestas fuerzas separatistas, apoyadas por Rusia, según todas las informaciones de inteligencia disponibles, o se enfrentaba en una guerra directa con el aparato militar ruso, renovado y entrenado tanto en la guerra de Georgia de 2008 como en las incursiones en la guerra siria.

En mayo de 2014 las elecciones presidenciales en Ucrania, que tuvieron una fuerte participación electoral de las provincias occidentales del país, llevaron al poder político al empresario Petro

⁹ En una columna editorial de *The New York Times* del 29 de septiembre de 2016, se aseguró que un equipo de investigación en cabeza de los Países Bajos, determinó que el sistema de misiles tierra-aire se envió a los separatistas ucranianos desde Rusia.

Poroshenko¹⁰, cuya relación con Putin ha sido marcada más por la confrontación que por la posibilidad de acuerdos reales. Parte de esta confrontación se refleja en el fracaso que han supuesto los Acuerdos de Minsk, que no lograron parar ni el conflicto ni abrir una negociación sostenible. Según la ONU (2017), para 2017 el conflicto que comenzó en abril de 2014 ha causado la muerte de al menos 10 mil personas y ha dejado lesionadas a unas 24.000. Para octubre de 2017, las hostilidades entre Ucrania y los separatistas apoyados por Rusia, se mantenían y ninguno de los dos países acogía el cese al fuego que se pactó antes.

Vladimir Putin dejaba en claro una vez más que no iba a permitir acercamientos de la OTAN y que mientras esa organización estuviera cerca Rusia utilizaría sus capacidades para impedirlo. Un caso que resulta clave mirar en este sentido fue lo sucedido en octubre de 2016 con relación al ex primer ministro de Montenegro, Milo Đukanović. En tanto que Montenegro ha mostrado su interés por ingresar, no solo a la Unión Europea sino a la OTAN, Rusia habría planeado asesinar a Đukanović aparentemente por un plan orquestado desde el Kremlin con el fin de interferir en la política de ese país (Fresneda, 2017).

BUSCANDO EL NORTE

Mientras Rusia dedicaba esfuerzos para su reconstrucción como imperio en países que habían pertenecido a la Unión Soviética –como Ucrania y Georgia– y se involucraba en conflictos como los de Siria, además de hacer presencia en América a través de la conformación de un triángulo estratégico entre Nicaragua, Cuba y Venezuela¹¹ (ingresando a la zona de influencia supuesta de Washington), mostraba su interés por la conquista del Polo Norte, que por el cambio climático sufre un deshielo que abre una competencia por su ocupación, lo que favorecería, no solo hacerse a ese territorio, sino establecer rutas marítimas convenientes para el comercio mundial, acortando distancias, dándole la posibilidad de construir una esfera de influencia más amplia.

[67]

Algunos autores se refieren a esta nueva competencia entre Estados con conceptos puntuales, por ejemplo “criopolítica” (Haverluk, 2007), este término se emplea para aludir a la competencia entre países por el dominio de los recursos y el territorio creado por el deshielo de la criosfera, de la cual forma parte el Polo Norte. En el caso de Rusia, cabe decir que su interés allí en parte quedó en evidencia por hechos como el del 2007 cuando Artur Chilingárov, vicepresidente de la Cámara de Diputados de Rusia, puso en el área una cápsula de titanio que llevaba la bandera rusa (Ventas, 2015), que se ubicó 13 mil pies por debajo del nivel del mar (Haverluk, 2007).

Sin embargo, hay quienes afirman que más que una muestra de interés es una reivindicación basada en la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (1982), según la cual los países limítrofes tienen derecho a los recursos naturales que se encuentren ubicados a 200 millas de su territorio en el fondo del mar y el subsuelo (Ventas, 2015). Lo anterior podría implicar que Rusia entre en confrontación con naciones como Suecia, Dinamarca (Groenlandia), Noruega, Estados Unidos, Finlandia, Canadá e Islandia, quienes también tienen derecho sobre esos recursos y a establecer nuevas rutas de navegación.

¹⁰ Isabelle Lasserre (2015) escribió para la revista *Politique Internationale* un texto que aborda los retos a los que debía enfrentarse Petro Poroshenko, específicamente en dos frentes: uno, la situación con los rusos tras la anexión de Crimea y su resistencia a aplicar los Acuerdos de Minsk, y otro, la situación económica de Ucrania.

¹¹ Las relaciones con estos países se han establecido sobre todo a través de la venta de armas rusas y la inversión en explotación de hidrocarburos y minería.

De hecho, esta nueva rivalidad geopolítica conduce a que cada uno de los involucrados incrementa sus capacidades militares en sus respectivas armadas para competir por estos recursos, rutas y posiciones. En esta competencia Rusia va tomando la delantera con el número de buques militares construidos y puestos sobre el Polo Norte. El otro aspecto que aparece aquí es el rol que China asumirá en cuanto a la repartición del Polo Norte, y su posición con respecto a aliados tácticos como Rusia, o la posibilidad de expansión que pueda llegar a tener Estados Unidos en esta misma área.

El Polo Norte, tanto en sus espacios terrestres recién descongelados, como en las áreas marinas y submarinas, es estratégico por varios motivos, incluyendo que sería posible navegar por el océano Ártico desde Rusia hasta Canadá (Haverluk, 2007). Por otra parte, allí se encontrarían importantes reservas de petróleo y gas, pero además ampliaría la esfera de influencia de Rusia y crecería como imperio mostrando su supremacía en el Ártico. El hecho de que se haga al territorio implica que pone tropas allí, lo que le permite llegar cada vez más cerca de Estados Unidos, poniendo en duda su hegemonía global.

En efecto, en 2014 Moscú creó un mando militar con miras a coordinar la región y en 2017 dio a conocer la base militar Nagurski, que ubicó en el archipiélago de Francisco José en el Ártico y que tendría la capacidad de albergar a cerca de 150 soldados. La competencia por el Ártico está abierta y se ha convertido en nueva frontera geopolítica.

CONCLUSIONES

[68]

Los acontecimientos en los que Rusia se ha involucrado en diferentes países son muestra de su regreso al panorama internacional, junto a su capacidad de incursionar en conflictos que están incluso fuera de su zona de influencia. Pero más que una capacidad armada o económica, lo que muestra Rusia es su convicción de tener la facultad y el derecho de modificar el destino de los Estados postsoviéticos y participar en conflictos que se escapan de su entorno inmediato, todo con el fin de lograr una reimperialización, tal y como lo sostienen diversos analistas en esta región, especialmente Agnia Grigas.

Algunas cifras tomadas a partir de 2012 y hasta 2016 evidencian que no es un país con un gran avance económico ni armado en los últimos años, mostrando que su actuación corresponde más a una motivación geopolítica (véase tabla 1), que sirve de base para la reconstrucción nacional de su Estado y su política, y a la vez para la proyección internacional del mismo.

Tabla 1. Perfil de Rusia 2012-2016

Año	Población	PIB (billones)	PIB per cápita	Presupuesto de defensa (miles de millones)	Gasto militar (miles de millones)	Hombres en armas
2012	138.739.892	1,95	16.683	56,9	81	956.000
2013	142.517.670	2,21	15.650	68,2	88	845.000
2014	142.500.482	2,06	14.317	70	84	845.000
2015	142.470.272	1,24	8447	56,1	66	771.000
2016	142.715.798	1,28	8748	58,9	69	*

Nota: cifras en dólares.

Fuente: adaptación de International Institute for Strategic Studies (2009) y Banco Mundial (2016, 2016a, 2016b). Cálculos propios a partir de: Banco Mundial (2016).

En cuanto a las cifras económicas, el PIB de Rusia ha tenido una disminución desde el año 2014, esto debido a dos factores principales: uno, las sanciones económicas impuestas por los países de la Unión Europea y Estados Unidos a Rusia tras lo sucedido en Ucrania, incluyendo la reunificación de Crimea, algo que consideran los Estados Occidentales una violación flagrante del derecho internacional vigente y, por tanto, un atentado impresentable contra el orden internacional establecido después de 1945. Dos, la caída del precio del petróleo, que desde 2014 afecta a la mayoría de las economías productoras de hidrocarburos.

El presupuesto y el gasto en defensa tuvieron un aumento notable para 2013 y luego comenzaron a descender en 2014, probablemente a causa de la situación en Ucrania, en tanto que las sanciones económicas se han hecho sentir, sumándose la caída del precio del petróleo. Se evidencia también que el número de hombres en armas viene bajando desde 2012, año en el que se inició el tercer periodo de gobierno directo de Vladimir Putin. Este panorama demuestra el poder ruso y su objetivo de reconstruirse como imperio, pero esta situación no resulta ajena a Occidente, en particular a Estados Unidos, que se pensaba era líder de un orden internacional unipolar, y como prueba de ello, antes de su salida de la Casa Blanca en enero de 2017, Barack Obama ubicó tropas en Europa del Este dentro de la operación Atlantic Resolve¹², en el contexto de maniobras de la OTAN, con el objeto de contener cualquier expansión rusa hacia los Estados bálticos, e incluso Polonia, que se ha sentido amenazada. Otros Estados más pequeños, como Suecia, han reactivado sus aparatos militares –comprando equipos de defensa avanzados– y reimpuesto el servicio militar obligatorio.

Esta operación se califica como el compromiso de Estados Unidos con la OTAN aportando entrenamiento multinacional y cooperación a Lituania, Estonia, Polonia, Letonia, Rumania y Bulgaria y proyectando operaciones en Hungría, República Checa y Ucrania (Brubaker y Pedigo, 2016). Dicha operación es un intento de Estados Unidos por ubicarse en los países del Báltico y Polonia sabiendo el peligro que puede representar la influencia rusa para la región, que se muestra como mucho más que un simple Estado-nación y demuestra que Estados Unidos y la OTAN reconocen el poderío de Moscú y su capacidad para cambiar el orden internacional, probando que no existe como tal un orden unipolar.

[69]

Esta operación militar en el marco de la OTAN y la nueva proyección de Moscú, abren dos debates cruciales, que por ahora no es posible cerrar. Por un lado, está claro que Putin no permitirá los acercamientos de la OTAN en sus territorios de interés, lo que conduce a preguntarse cuáles serán los movimientos geopolíticos con miras a la reconstrucción como imperio, con proyección y seguridades geoestratégicas para Rusia. Por otro, surge una enorme incertidumbre con respecto al accionar de Donald Trump en cabeza de Estados Unidos, pues durante su primer año de gobierno reveló un profundo desconocimiento de la política internacional, seguido de un claro desprecio por la diplomacia, mientras que cree posible cambiar por acuerdos gubernamentales simples y tácticos la posición geoestratégica de su país con respecto a Rusia. Estos dos aspectos generan grandes dudas frente a lo que sucederá con el orden internacional en los años venideros y el papel de Rusia como imperio renovado.

¹² Para un acercamiento a la Operación Atlantic Resolve véase Rojas (2015).

REFERENCIAS

- Ahrens, J. M. (2017). El servicio de inteligencia ruso trató de 'hackear' el sistema electoral de EE UU. *El País*, 7 de junio. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2017/06/06/estados_unidos/1496713388_060742.html
- Asmus, R. (2010). *A little war that shook the world: Georgia, Russia, and the future of the west*. (Edición digital Google Play). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Banco Mundial. (2016). Gasto militar (% del PIB). Disponible en: <http://datos.bancomundial.org/indicador/MS.MIL.XPND.GD.ZS?view=chart>
- Banco Mundial. (2016). PIB (US\$ a precios actuales). Disponible en: <http://datos.bancomundial.org/pais/federacion-de-rusia>
- Banco Mundial. (2016). Población, total. Disponible en: <http://datos.bancomundial.org/indicador/SP.POP.TOTL?locations=RU>
- Bonet, P. (2014). Putin juega con los rusos y los mapas. *El País*, 19 de abril. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2014/04/19/actualidad/1397935502_220821.html
- Brownlee, J., Masoud, T. & Reynolds, A. (2015). *The Arab Spring, pathways of repression and reform*. Oxford.
- Brubaker, A. & Pedigo, L. W. (2016). Moving across Europe for Operation Atlantic Resolve. *Army Sustainment*, 48(4), 50-54.
- Bryce-Rogers, A. (2013). Russian military reform in the aftermath of the 2008 Russia-Georgia war. *Demokratizatsiya*, 3, 339-368.
- Bunce, V. & Wolchik, S. (s. f.). *Defeating authoritarian leaders in postcommunist countries*. Cambridge: Cambridge University Press. Disponible en: https://is.muni.cz/el/1423/jaro2017/POL589/um/Bunce_Wolchik_Defeating_Authoritarian_Leaders_in_Postcommunist_Countries.pdf
- Clarke, R. & Knake, R. (2010). *Cyber war: the next threat to national security and what to do about it*. Nueva York: HarperCollins Publishers.
- Cornell, S. & Starr, F. (eds.). (2009). *The guns of August 2008: Russia's war in Georgia*. Londres: Routledge.
- End of the Soviet Union, Text of Gorbachev's farewell address. (1991). *The New York Times*, 26 de diciembre. Disponible en: <http://www.nytimes.com/1991/12/26/world/end-of-the-soviet-union-text-of-gorbachev-s-farewell-address.html>
- Fresneda, C. (2017). Rusia conspiró para asesinar al ex primer ministro de Montenegro. *El Mundo*, 19 de febrero. Disponible en: <http://www.elmundo.es/internacional/2017/02/19/58a9c25be5fdea48098b459e.html>
- Gaddis, J. L. (2012). *Nueva historia de la Guerra Fría*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Garb, P. (2009). The view from Abkhazia of South Ossetia ablaze. *Central Asian Survey*, 28(2), 235-246.
- Gordon, M. R. (1997). Russia-China theme: contain the West. *The New York Times*, 24 de abril. Disponible en: <https://www.nytimes.com/1997/04/24/world/russia-china-theme-contain-the-west.html>
- Grigas, A. (2016). *Beyond Crimea: the new Russian empire*. Yale: Yale University Press.
- Harding, L. & Walker, S. (2014). Crimea applies to be part of Russian Federation after vote to leave Ukraine. *The Guardian*, 17 de marzo. Disponible en: <http://www.theguardian.com/world/2014/mar/17/ukraine-crimea-russia-referendum-complain-result>
- Haverluk, T. W. (2007). The Age of Cryopolitics. *American Geographical Society's Focus On Geography*, 50(3), 1-6.
- Horvath, R. (2015). The Euromaidan and the crisis of Russian nationalism. *Nationalities Papers*, 43(6), 819-839.
- International Institute for Strategic Studies. (2009). *The military balance 2009*. Londres: Routledge. Disponible en: <http://www.iberlibro.com/Military-Balance-2011-Annual-Assessment-Global/5868109090/bd>
- Kramer, A. E. (2008, agosto 13). Peace Plan Offers Russia a Rationale to Advance. *The New York Times*. Recuperado a partir de <https://www.nytimes.com/2008/08/14/world/europe/14document.html>
- Lasserre, I. (2015). Les deux guerres de l'Ukraine. *Politique Internationale*, 150, 161.
- Lippmann, W. (1947). *The Cold War: a study in U.S. foreign policy*. Manhattan: Harper and Brothers Publishers.
- Maresca, J. (2001). Former Yugoslavia and Kosovo. *Refugee Survey Quarterly*, 20(2), 119-123.
- Montefiore, S. S. (2016). *Los Romanov*. Barcelona: Crítica.
- Organización de las Naciones Unidas. (2017). Ucrania entra a su cuarto año de conflicto sin cumplir acuerdos de alto el fuego. *Servicio de Noticias de las Naciones Unidas*, 13 de junio. Disponible en: <http://www.un.org/spanish/News/story.asp?NewsID=37504&Kw1=ucrania&Kw2=muerte&Kw3=#.WUkjqu01-Uk>
- Plokh, S. (2015). *El último imperio. Los días finales de la Unión Soviética*. Madrid: Turner.
- Putin, V. (2005). Annual address to the Federal Assembly of the Russian Federation. 25 de abril. Disponible en: <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/22931>
- Rojas, M. (2015). Resourcing Operation Atlantic Resolve. *Armed Forces Comptroller*, 60(1), 38-41.

[70]

- Talbott, S. (2002). *The russian hand: a memoir of presidential diplomacy*. Nueva York: Random House.
- The New York Times. (2016). Vladimir Putin's outlaw State. 29 de septiembre. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/09/29/opinion/vladimir-putins-outlaw-state.html>
- Traynor, I., Harding, L. & Womack, H. (2008). Georgia and Russia declare ceasefire. *The Guardian*, 16 de agosto. Disponible en: <http://www.theguardian.com/world/2008/aug/16/georgia.russia2>
- Ventas, L. (2015). Cómo Rusia quiere dominar el Ártico. *BBC Mundo*, 25 de mayo. Disponible en: http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/05/150520_rusia_planes_supremacia_artico_lvh